

Los que retoman el camino de su seguimiento. La reiniciación cristiana a la luz de la enseñanza del *Directorio para la catequesis*

Adolfo Ariza Ariza

Delegado diocesano de catequesis de Córdoba

El *Directorio para la catequesis* describe la evangelización como «un proceso eclesial, inspirado y sostenido por el Espíritu Santo» en el que, entre otras tareas, se inicia en la fe y en la vida cristiana también a los que «retoman el camino de su seguimiento» (DC 31) incorporándolos y conduciéndolos a la comunidad cristiana. Sin lugar a duda, nos encontramos ante «uno de los principios que sustenta el esqueleto del *Directorio*» como es el «contemplar la evangelización como un proceso vivo que se fundamenta en la acción espiritual [...] un proceso alargado en el tiempo en el que el Espíritu Santo va haciendo su obra en el interior del hombre que libremente acoge su acción y la secunda»¹.

Por tanto, si «evangelizar significa no solo habitar en un territorio, sino suscitar procesos espirituales en la vida de las personas para que la fe eche raíces y sea significativa» (DC 43), se hace especialmente necesaria, desde la enseñanza del *Directorio para la catequesis*, la reflexión acerca de la iniciación a la fe y a la vida cristiana —reiniciación— de aquellos que o bien han retomado el camino del seguimiento de

¹ F. J. ROMERO GALVÁN, «El proceso de la evangelización es una acción espiritual», en ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS (AECA), *Comentario al Directorio para la catequesis* (Madrid 2022), 239.

Cristo o bien son invitados a retomarlo independientemente de que este proceso, propio de la catequesis de adultos, sea tipificable como catecumenado posbautismal, catequesis de adultos, proceso de reiniciación a la vida cristiana o una nueva iniciación a la fe. La cuestión es apremiante, puesto que, como comenta el *Directorio para la catequesis* al introducir el capítulo VIII sobre «La catequesis en la vida de las personas»: «Todo bautizado, llamado a la madurez en la fe, tiene derecho a una catequesis apropiada. Por tanto, es tarea de la Iglesia responder a esta pretensión de manera satisfactoria» (DC 224)². Lo que está en juego es «el desarrollo normal de la gracia bautismal, que nos engendró en el seno de la Iglesia y nos hizo miembros del cuerpo de Cristo» (CCE 2040).

Ciertamente, no nos encontramos ante una novedad. El *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (6 de enero de 1972), en su capítulo IV cuyo título es «Preparación para la confirmación y la eucaristía de los adultos bautizados en la primera infancia y que no han recibido catequesis», era ya toda una invitación a plantear una catequesis con aquellos adultos que recibieron el bautismo cuando eran muy niños, y después no recibieron ninguna instrucción catequética ni, por tanto, han sido admitidos a la confirmación y a la eucaristía. Aunque tales adultos nunca hubieran oído hablar del misterio de Cristo, sin embargo, su condición difiere de la condición de los catecúmenos, puesto que aquellos ya han sido introducidos en la Iglesia y hechos hijos de Dios por el bautismo. Por tanto, su conversión se funda en el bautismo ya recibido, cuya virtud deben desarrollar después³. Por la misma razón que en el caso de los catecúmenos, la preparación de estos adultos requiere tiempo prolongado, para que la fe infundida en el bautismo pueda crecer, llegar a la madurez y ser grabada plenamente por medio de la formación pastoral que se les proporciona⁴.

² El mismo *Catecismo de la Iglesia católica* incide en esta misma idea cuando plantea: «Por su naturaleza misma, el bautismo de niños exige un catecumenado posbautismal. No se trata solo de la necesidad de una instrucción posterior al bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona» (CCE 1231).

³ Cf. RICA 295.

⁴ Cf. RICA 296.

Ya san Juan Pablo II expresaba esta misma inquietud en la exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979) al considerar como «la edad y el desarrollo intelectual de los cristianos, su grado de madurez eclesial y espiritual y muchas otras circunstancias personales postulan que la catequesis adopte métodos diversos»⁵. Pero también incluso, como no podría ser de otra manera, los dos directores catequéticos precedentes se han hecho eco también de esta misma inquietud. Así, el mismo *Directorio catequístico general* (11 de abril de 1971) recogía la preocupación: «La catequesis de suyo propone una adhesión global al evangelio de Cristo, propuesto por la Iglesia. Sin embargo, a veces se dirige a hombres que, aunque pertenecen a la Iglesia de hecho, nunca tuvieron una verdadera adhesión personal al mensaje revelado»⁶. El *Directorio general para la catequesis* (15 de agosto de 1997) lo expresaba en los siguientes términos al describir la labor evangelizadora de la Iglesia: «Inicia en la fe y vida cristiana, mediante la catequesis y los sacramentos de iniciación, a los que se convierten a Jesucristo, o a los que reemprenden el camino de su seguimiento, incorporando a unos y reconduciendo a otros a la comunidad cristiana»⁷.

En este mismo sentido, el magisterio del papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), en su descripción de una «Iglesia en salida» «con las puertas abiertas», hace una llamada a ir a las «periferias humanas» en las que se encuentra aquel «que se quedó al costado del camino»⁸. Es más, esta Iglesia habrá de entenderse «como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad»⁹.

También en este orden de las cosas es necesario y especialmente clarificador volver a traer a colación la propuesta de la instrucción de la Conferencia Episcopal Española *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (27 de noviembre de 1998) que, haciéndose eco de importantes

⁵ JUAN PABLO II, exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979), 51.

⁶ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio catequístico general* (11 de abril de 1971), 18.

⁷ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio general para la catequesis* (15 de agosto de 1997), 48; 274.

⁸ FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 46.

⁹ *Ibid.*

documentos que en la Iglesia han subrayado la necesidad de evangelizar de nuevo a los bautizados de las viejas Iglesias de Europa¹⁰, nos invitaba a considerar «la necesidad de un anuncio misionero que introduzca a estos alejados en un proceso de “reiniciación” cristiana»¹¹.

En esta estela, pero evidentemente con sus propios acentos, se va a situar la reflexión del *Directorio para la catequesis* por el que se hace especialmente accesible, para una honda comprensión de la reiniciación, todo el bagaje de inspiración de lo que han sido los sínodos *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana* (2012); *La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo* (2015); y *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* (2018).

1. Convicciones sobre las que se inspira la presente reflexión

La catequesis no puede ser ajena al gran proceso de renovación que la Iglesia está llamada a realizar (cf. DC 1). Ahora bien, ¿qué implicaría este proceso de renovación a la «reiniciación» a la luz de la enseñanza del *Directorio para la catequesis*? No en vano, la intención que guía en la redacción del *Directorio* es la de profundizar en la función que tiene la catequesis en la dinámica de la evangelización (cf. DC 5). Pero todavía cabría formular más interrogantes: Si «la renovación teológica de la primera mitad del siglo pasado evidenció la necesidad de una comprensión misionera de la catequesis» (DC 5), ¿cómo llevar esta inspiración a la «reiniciación»? ¿Cuál es el quehacer desde las claves de una transformación misionera que motiva la conversión pastoral (cf. DC 5)?

La respuesta a estos interrogantes constituye el objeto del presente artículo. Pero antes, tal vez sea oportuno evocar una serie de convicciones que brotan del estudio del *Directorio para la catequesis* y que de seguro arrojarán luz antes de formular las cuestiones más específicas y pormenorizadas.

¹⁰ EN; CT; Sínodo extraordinario de 1985; ChL; etc.

¹¹ LXX ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (27 de noviembre de 1998), 125. Cf. *Ibid.* 63.

En primer lugar, es muy importante tener presente en todo momento que «el alumbramiento de la fe es el gran reto al que en la actualidad se enfrenta la Iglesia»¹². Por lo que la Iglesia misma es llamada a redescubrirse una y otra vez en un acoger «con obediencia y gratitud esta acción misteriosa del Espíritu» (DC 23).

En segundo lugar, conviene traer a colación un punto capital de la Introducción del *Directorio para la catequesis* (DC 4) en el que se indican las perspectivas transversales que se dan a lo largo del documento. La quinta de estas indicaciones es especialmente sugestiva, a mi modo de ver, si se pretende reflexionar sobre la iniciación a la fe y a la vida cristiana de aquellos bautizados que «retoman» el seguimiento de Cristo. En concreto formula lo siguiente:

Se reconoce el papel fundamental de los bautizados. En su dignidad propia de hijos de Dios, todos los creyentes son sujetos activos en la tarea catequizadora, no usuarios o receptores pasivos de un servicio y, por ello, llamados a convertirse en auténticos discípulos misioneros (DC 4f).

Desde esta perspectiva habrá de entenderse que no solo los que intervienen como catequistas lo hacen en virtud del bautismo recibido, sino que también el catequizando, en cuanto portador de una gracia, es protagonista de su proceso.

En tercer lugar, es oportuno señalar otro dato aportado por la enseñanza del *Directorio para la catequesis* por lo que tiene de especialmente significativo a la hora de establecer el objeto de estudio del presente artículo:

La comprensión que actualmente se tiene de los dinamismos formativos de las personas, exige que la íntima comunión con Cristo, señalada por el magisterio anterior como objetivo último de la propuesta catequética, no solo se considere como un valor en sí, sino que tenga en cuenta el proceso de acompañamiento que supone. De hecho, la interiorización del evangelio supone un proceso complejo que implica a toda la persona

¹² J. C. CARVAJAL BLANCO, «Una catequesis que articula el anuncio y la iniciación en la vida cristiana», en ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS (AECA), *Comentario al Directorio para la catequesis* (Madrid 2022), 173.

en su propia experiencia de vida. Solo una catequesis comprometida en que cada persona pueda madurar su propia y original respuesta de fe podrá lograr el objetivo indicado (DC 3).

Por tanto, es necesario no perder de vista, en ningún momento, un horizonte muy claro: «El evangelio no se dirige al hombre en abstracto, sino a cada hombre real, concreto, histórico y enraizado en una situación particular y marcado por dinámicas psicológicas, sociales, culturales y religiosas»; porque «cada uno ha sido comprendido en el misterio de la redención¹³» (DC 224). Desde esta perspectiva adquiere una mayor incisividad, si cabe, la invitación del papa Francisco a llevar a cabo...

... una pedagogía que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio. Para llegar a un punto de madurez, es decir, para que las personas sean capaces de decisiones verdaderamente libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia. Como decía el beato Pedro Fabro: «El tiempo es el mensajero de Dios»¹⁴.

En cuarto y último lugar, es también necesario conectar con el espíritu del *Directorio*, no ajeno precisamente al espíritu de *Evangelii gaudium*, cuando invita a superar el «siempre se ha hecho así»¹⁵, al invitarnos a un verdadero discernimiento y al más sano de los realismos:

¹³ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979), 13.

¹⁴ FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 171.

¹⁵ La enseñanza al respecto del papa Francisco es bastante explícita: «La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. Una postulación de los fines sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos está condenada a convertirse en mera fantasía» (FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 33). Y en otro pasaje añade: «Así se gesta la mayor amenaza, que “es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad” (J. RATZINGER, *Situación actual de la fe y la teología*. Conferencia pronunciada en el Encuentro de Presidentes de Comisiones Episcopales de América Latina para la doctrina de la fe, celebrado en Guadalajara, México, 1996, publicada en *L'Osservatore Romano*, 1 de noviembre de 1996. Cf. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento de Aparecida* [29 junio 2007], 12). Se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como “el más preciado de los elixires del demonio” (G. BERNANOS, *Journal d'un curé de campagne* [París 1974] 135). Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que solo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico. Por todo esto, me permito insistir: ¡no nos dejemos robar la alegría evangelizadora!» (FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 83).

La propuesta catequética se realiza en contextos que, a veces, cuestionan las formas tradicionales de iniciación y educación en la fe. De hecho, varias Iglesias particulares y locales han emprendido procesos de verificación y renovación de la pastoral, identificando objetivos, elaborando proyectos y poniendo en marcha iniciativas diocesanas, nacionales y continentales. Esta renovación también requiere que las comunidades reformen sus estructuras. Hay una fuerte necesidad de poner todo en clave evangelizadora, como principio fundamental que guía toda acción eclesial. Hasta la catequesis participa en esta transformación misionera, sobre todo creando espacios y propuestas concretas para el primer anuncio y para el replanteamiento de la iniciación cristiana en clave catecumenal. Así, articulándose de manera orgánica con las demás dimensiones de la pastoral, y gracias a un discernimiento pastoral realista, se podrá evitar el riesgo del activismo, empirismo y de la fragmentación de propuestas (DC 297).

Es conveniente no perder de vista que ya no prima una comprensión procesal de la actividad de la Iglesia, sino que «todo ha de ser tamizado por la “nueva evangelización”, ya sea la pastoral ordinaria ya sea la pastoral con los alejados (la antigua nueva evangelización) ya sea la misión *ad gentes*»¹⁶.

2. El contexto en el que se enmarca esta reflexión

De los trazos con los que el *Directorio para la catequesis* dibuja el contexto en el que la Iglesia —«el propio camino eclesial está marcado por dificultades y exigencias de renovación espiritual, moral y personal» (DC 38)— es llamada a acompañar a aquellos que retoman el camino de la fe, cabe destacar el fenómeno del distanciamiento de la experiencia de la fe y de la Iglesia en las Iglesias de antigua tradición (cf. DC 38). La situación invita, además de emplear «los métodos pastorales tradicionales, siempre válidos», a «utilizar también métodos nuevos, usando asimismo nuevos lenguajes, apropiados a las diferentes culturas del

¹⁶ J. C. CARVAJAL BLANCO, *ibid.*, 165.

mundo, proponiendo la verdad de Cristo con una actitud de diálogo y de amistad¹⁷» (DC 41).

A lo ya esbozado, es necesario añadir un factor determinante como es el «gran distanciamiento entre la fe y la cultura» (DC 44). En el contexto de esta ruptura ha de ubicarse la «verdadera revolución antropológica, que tiene también consecuencias en la experiencia religiosa y que desafía fuertemente a la comunidad eclesial» (DC 46) y el «innegable papel que desempeñan los medios de comunicación de masas, los cuales han redefinido las coordenadas humanas básicas» (DC 47). Es obvio que «esta transformación afecta [...] a la esfera de la identidad y la libertad de la persona, así como a las capacidades cognitivas y a los sistemas de aprendizaje» (DC 47). El diagnóstico es claro: «El hombre contemporáneo vive situaciones fragmentarias de las que él mismo se esfuerza por captar el sentido unitario. Esto puede incluso llevar a vivir por separado la fe que se profesa y las experiencias humanas que se viven» (DC 199). Además de que «crecen entre los cristianos formas de indiferencia e insensibilidad religiosa, de relativismo o sincretismo en el contexto de una visión secularista que niega toda apertura a la trascendencia» (DC 322).

El *Directorio para la catequesis*, ya de una forma más específica y directamente referida al objeto de este artículo, en el momento de introducir su reflexión en torno a la catequesis de adultos, invita a considerar la condición particularmente compleja del adulto de hoy. Una condición que no se define por ser precisamente «un período de estabilidad sino como un proceso continuo de reestructuración, que tiene en cuenta la evolución de la sensibilidad personal, el entramado de relaciones, la responsabilidad a la que está llamada la persona». En este «dinamismo vivo» el adulto «reformula continuamente su propia identidad», lo cual afecta inevitablemente a la dimensión religiosa, ya que el acto de fe es un proceso interior íntimamente ligado a su personalidad. Así, «en las etapas de la edad adulta, la fe misma está llamada a tomar diferentes formas, a evolucionar y madurar para que sea una respuesta auténtica y continua a los desafíos de la vida» (DC 257).

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía en la misa de clausura de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (28 de octubre de 2012).

Hecho el diagnóstico y en virtud de las implicaciones de este verdadero giro copernicano que propone el *Directorio para la catequesis*, se hace evidente que «cualquier posible camino de fe con los adultos requiere que las experiencias de la vida no solo se tengan en cuenta, sino que sean releídas a la luz de la fe como una oportunidad y, por consiguiente, se integren en el propio proceso de formación» (DC 257). No en vano, «la experiencia humana es constitutiva de la catequesis en su identidad y en su proceso, como también en su contenido y en su método, porque no solo es el lugar donde resuena la Palabra de Dios, sino también el espacio donde Dios habla» (DC 197). Desde esta perspectiva habrá de entenderse la aportación de la catequesis a la evangelización y consecuentemente a la inculturación de la fe:

La aportación específica de la catequesis a la evangelización es el intento de entrar en relación con la vida de las personas, con sus modos de vivir y con los procesos de su crecimiento personal y comunitario. La inculturación, en el fondo, tiene como objetivo el proceso de interiorización de la experiencia de la fe. Esto es aún más urgente en el contexto actual en el que han venido a menos los presupuestos culturales para la transmisión del evangelio, garantizados en el pasado por la familia y la sociedad. El debilitamiento de tales procesos ha puesto en crisis la apropiación subjetiva de la fe. Por tanto, es importante que la catequesis no se centre únicamente en la transmisión de los contenidos de la fe, sino también en el proceso de recepción personal de la fe (DC 396).

La complejidad y las dificultades para llevar la misión de la evangelización a buen término no son ajenas al *Directorio*. Como ya se ha dicho con anterioridad, estamos en una profunda «revolución antropológica» (DC 46). A ello apunta la propuesta de número 41 del *Directorio* al indicar la tipología de interlocutores o de los ámbitos en los que desarrollar la misión evangelizadora: 1) «en el ámbito de la pastoral ordinaria que se lleva a cabo en las comunidades cristianas con estructura eclesiales adecuadas y sólidas» —aunque también se incluyen aquí «los fieles que conservan una fe católica intensa y sincera, expresándola de diversas maneras, aunque no participen frecuentemente del culto»—; 2) el «ámbito de las personas bautizadas que no viven las exigencias del bautismo, no tienen una pertenencia cordial

a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe» —el *Directorio* especifica como incluso «muchos han concluido el itinerario de la iniciación cristiana» y «han seguido ya los caminos de la catequesis o de la educación religiosa en las escuelas»—; 3) «quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado», a lo que añade «muchos de ellos buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro, aun en países de antigua tradición cristiana» (DC 41).

Pero todavía conviene recoger una serie tipológica más de la propuesta del *Directorio para la catequesis* que ayudará a especificar más la realidad de los destinatarios. En concreto las tipologías de adultos con las que este describe la relación de los adultos con la fe:

Adultos creyentes, que viven su fe y desean profundizar en ella; adultos que, estando bautizados, en realidad no están adecuadamente formados o no han completado la iniciación cristiana, por lo que pueden ser llamados cuasi catecúmenos (CT 44); adultos bautizados que, aunque no viven ordinariamente su fe, buscan sin embargo el contacto con la comunidad eclesial en ciertos momentos particulares de la vida; adultos que vienen de otras confesiones cristianas o de otras experiencias religiosas; adultos que vuelven a la fe católica después de haber tenido experiencias en nuevos movimientos religiosos; adultos no bautizados, a los que se dirige el catecumenado propiamente dicho (DC 258).

Es fácilmente constatable que «la preocupación de la que parte el *Directorio 1971* sobre el abandono masivo de la fe» ha dado paso no ya a un «lamento» sino a la «preocupación por “salir” a las periferias y una renovada y sólida iniciación cristiana en un tiempo “sin tiempos”, por eso “kerigmática” en todo tiempo»¹⁸. El *Directorio para la catequesis* está al servicio del renovado concepto de catequesis y de acción catequizadora de la Iglesia basada en una opción misionera que privilegia el anuncio kerigmático del evangelio, a la vez que también insiste en la necesidad de una maduración o personalización de la fe por parte del creyente. Un nuevo planteamiento capaz de afrontar tanto la «nueva etapa evangelizadora», a la cual el papa Francisco nos

¹⁸ A. GINEL VIELVA, «Continuidad y nuevos acentos en los *Directorios de catequesis 1971-2020*», en ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS (AECA), *ibid.*, 55.

invita (cf. EG 1, 17, 261 y 287; cf. DC 38-41); como también seguir asumiendo el desafío de la «nueva evangelización» de san Juan Pablo II¹⁹ y de Benedicto XVI.

3. ¿Cómo entiende propiamente el *Directorio para la catequesis* el acompañamiento de aquellos que «retoman el camino de su seguimiento»?

Como ya se ha dicho con anterioridad una dimensión esencial del proceso evangelizador de la Iglesia (cf. DC 31) es el iniciar en la fe y en la vida cristiana mediante un itinerario catecumenal a «los que retoman el camino de su seguimiento, incorporando a unos y reconduciendo a otros a la comunidad cristiana» (DC 31). En estas personas seguramente se dé «un conocimiento superficial o distorsionado de la fe cristiana» o se trate de «cristianos con una fe debilitada o que se han distanciado de la Iglesia» (DC 33). En definitiva, el ámbito de aquellos que «“conservan una fe católica intensa y sincera, expresándola de diversas maneras, aunque no participen frecuentemente del culto” (EG 14)» (DC 41); «“[...] el ámbito de las personas bautizadas que no viven las exigencias del bautismo, no tienen una pertenencia cordial a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe” (EG 14)» (DC 41). El *Directorio* especifica aún más: «En este grupo, sin embargo, hay muchos que han concluido el itinerario de la iniciación cristiana y que han seguido ya los caminos de la catequesis o de la educación religiosa en las escuelas» (DC 41).

En la definición del contenido propio de este quehacer el *Directorio para la catequesis* parte de una clarificación esencial que está en la entraña de su enseñanza:

Es cierto que, si bien la distinción conceptual entre preevangelización, primer anuncio, catequesis y formación permanente sigue siendo útil, en el contexto actual ya no es posible hacer esta diferencia. En efecto,

¹⁹ JUAN PABLO II, *In Portu Principis, ad episcopos Consilii episcopalis Latino-Americani sodales* (9 de marzo de 1983), en AAS 75 (1983), 771-779.

por una parte, quienes hoy piden o ya han recibido la gracia de los sacramentos a menudo no tienen una experiencia personal de la fe o no conocen íntimamente su fuerza y su ardor (DC 56).

Es vital conectar con la trascendencia que el *Directorio para la catequesis* concede al catecumenado como fuente de inspiración para toda catequesis.

Por su carácter misionero, el catecumenado también puede inspirar la catequesis de aquellos que, aunque ya han recibido el don de la gracia bautismal, no disfrutaban realmente de su riqueza²⁰. En este sentido se habla de inspiración catecumenal de la catequesis o de catecumenado posbautismal o de catequesis de iniciación a la vida cristiana. Esta inspiración no olvida que los bautizados «ya han sido introducidos en la Iglesia y hechos hijos de Dios por el bautismo. Por tanto, su conversión se funda en el bautismo ya recibido, cuya virtud deben desarrollar después (RICA 295)» (DC 61).

De este modo se entiende, en función de los diferentes sujetos, dentro de las tres propuestas catecumenales que propone el *Directorio para la catequesis*, la catequesis de inspiración catecumenal «para aquellos que han recibido los sacramentos de la iniciación pero que aún no están suficientemente evangelizados o catequizados, o para aquellos que desean retomar el camino de la fe» (DC 62). Una catequesis que tendrá claramente como objetivo «fortalecer el sentido de identidad y pertenencia, para facilitar la participación activa de cada uno de los miembros, para fomentar los procesos de la interiorización de la fe y para gestionar las tensiones interpersonales de forma positiva» (DC 220).

La reflexión acerca del acompañamiento de aquel que retoma el camino del seguimiento de Cristo desde la enseñanza del *Directorio para la catequesis* sería incompleta si no abarca también la enseñanza del *Directorio* con respecto a la catequesis de adultos propiamente dicha (cf. DC 257-265)²¹. Una catequesis cuya fuente última se encuentra

²⁰ Estas personas pueden ser llamadas «cuasi catecúmenos»: cf. CT 44.

²¹ Es llamativo que el hecho de que el *Directorio para la catequesis*, aun reiterando que la catequesis de adultos «debe ser considerada como la forma principal de la catequesis, a la que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan» (DC 77, citando a DGC 59), no ha seguido el orden establecido por el *Directorio general para la catequesis*, el cual presentaba en primer lugar la catequesis de adultos.

en «el compromiso de madurar en la fe bautismal» que en el caso del adulto «se confronta con las responsabilidades familiares y sociales» (DC 259) a las que este está llamado. De ahí que su finalidad última radique en la adquisición de una «sabiduría espiritual que ilumina y da unidad a las múltiples experiencias de su vida personal, familiar y social» (DC 259). Propiamente habrá de configurarse como «un proceso de aprendizaje personal y comunitario, orientado hacia la adquisición de una mentalidad de fe» (DC 260) siendo su objetivo principal «la formación y la maduración de la vida en el Espíritu, según los principios de la gradualidad y de la progresividad» (DC 260).

De entre las formas y acentos en la catequesis con adultos que señala el *Directorio para la catequesis* cabría destacar los siguientes en cuanto constituyen posibles modos específicos en el desarrollo de la fe de aquellos que retoman su camino:

La catequesis como una nueva iniciación en la fe [...]; el acompañamiento de aquellos que, aunque bautizados, no han completado su iniciación o no están de hecho evangelizados (DC 264).

La catequesis como redescubrimiento de la fe a través de «centros de escucha» u otras modalidades; o una propuesta en clave evangelizadora dirigida a los denominados «alejados» (DC 264).

La catequesis con parejas que se preparan al matrimonio o con motivo de la celebración de los sacramentos de los hijos, que a menudo se convierte en punto de partida para posteriores experiencias catequísticas (DC 264).

La catequesis para la profundización de la fe a partir de la Sagrada Escritura, de un documento del magisterio, o de la vida de los santos y de los testigos de la fe (DC 264).

4. Los retos específicos en el momento presente

El *Directorio para la catequesis* —como es bien sabido— propone dos rasgos esenciales que habrán de caracterizar a una verdadera catequesis en clave misionera: tanto la dimensión kerigmática como la mistagógica (cf. DC 2-3). El *Directorio* es explícito:

Todo proyecto formativo, que entrelaza formación litúrgica, espiritual, doctrinal y moral estará «centrado en dos grandes ejes: uno es la profundización del kerigma, la experiencia fundante del encuentro con Dios a través de Cristo muerto y resucitado. El otro es el crecimiento en el amor fraternal, en la vida comunitaria, en el servicio (ChV 213)» (DC 253).

De ahí que tenga que ser subrayado especialmente y constituya un claro fundamento la forma en la que el *Directorio* delinea la finalidad de la catequesis: acompañar «la maduración de una mentalidad de fe en una dinámica de transformación, que en definitiva es una acción espiritual» (DC 3). La pregunta por el cómo habrán de estar presentes estos rasgos en la catequesis que acompañan a aquellos a los que se los invita a retomar el camino de la fe y el mismo suscitar esa inquietud se convierte en una cuestión a la que la Iglesia misma ha de retornar en todo momento. Aun así, desde la enseñanza del *Directorio para la catequesis*, se pueden señalar algunos aspectos que tener muy en cuenta, puesto que un fundamento esencial también para la comprensión de la reiniciación es la insistencia del *Directorio* en que las etapas que constituyen el proceso de la evangelización «pueden repetirse si es necesario, con el fin de proporcionar el alimento evangélico más adecuado para el crecimiento espiritual de las personas o comunidades» (DC 32). No en vano «hay que tener en cuenta que no solo se trata de etapas que se suceden, sino también de dimensiones del proceso» (DC 32). Es un hecho esencial en la propuesta del *Directorio* que «la llamada a una nueva evangelización no coincide tanto con una dimensión temporal como con hacer que todos los momentos del proceso de evangelización se abran aún más a la acción renovadora del Espíritu del Resucitado» (DC 39). Desde estas premisas, son destacables los siguientes retos:

1. Necesariamente habrá de ser un dato esencial el de la impronta kerigmática de la catequesis: «“La necesidad de ‘no dar por supuesto’ que nuestros interlocutores conocen el trasfondo completo de lo que decimos o que pueden conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del evangelio” (EG 34)» (DC 61). El *Directorio para la catequesis*, al respecto, señala como una de las tareas propias de la catequesis de adultos es el «despertar la fe, favoreciendo un nuevo comienzo de la experiencia creyente y sabiendo

valorar los recursos humanos y espirituales, nunca extinguidos en el fondo de cada persona²², en vista de una recuperación libre y personal de la motivación principal en términos de atracción, gusto y voluntad» (DC 261a).

En este ámbito de la impronta kerigmática de la catequesis de aquellos que retoman el camino de la fe, es muy útil tener en cuenta dos cuestiones esenciales. La primera de ellas es la de la dimensión social del kerigma; no en vano «la eficacia de la catequesis es visible no solo a través del anuncio directo de la Pascua del Señor, sino también mostrando cuál es la nueva visión de la vida, del hombre, de la justicia, de la vida social, y de la cosmovisión entera que surge de la fe, incluso realizando signos concretos» (DC 60). De ahí que, sin olvidar en ningún momento que «la presentación de la luz con la que el evangelio ilumina la sociedad no es un segundo momento, cronológicamente distinto del anuncio de la fe» (DC 60), la catequesis desarrolle esta tarea de forma específica:

En su servicio de educación a la fe, la catequesis propone la Doctrina Social de la Iglesia como punto de referencia para una formación cristiana capaz de motivar la evangelización de las realidades temporales y, más directamente, del trabajo. Esta atención, típica de los itinerarios de formación de los grupos de trabajadores laicos y de la acción pastoral en los lugares de trabajo, está presente también en los itinerarios ordinarios de catequesis de niños, jóvenes y adultos: contribuye a una formación orgánica de la personalidad creyente (DC 393).

²² Un diálogo de la novela *Calixta* de J. H. Newman ilustra la realidad de estos recursos humanos y espirituales: «Yo siento a Dios dentro de mí, siento que estoy en su presencia. Me dice: “Haz esto, no hagas lo otro”. Tú dirás que ese dictado no es más que una ley de mi naturaleza, como llorar o reír. Pues yo eso no lo entiendo. No: es el eco de alguien que me habla a mí. Estoy absolutamente convencida de que en último término procede de una persona externa a mí. Y trae consigo la prueba de su origen divino. Mi ser va hacia ella como hacia una persona. Cuando obedezco a ese eco, a esa voz, siento una satisfacción. Cuando no, siento dolor, amargura, pena; la misma alegría y el mismo dolor que siento cuando agrado u ofendo a algún amigo entrañable. Ya ves, Polemo, que creo en más que un “algo”. Creo en lo que es más real que el sol, la luna, las estrellas, la tierra con todas sus bellezas y la voz de los amigos. Tú dirás: “Y ¿quién es?, ¿te ha dicho algo él acerca de sí mismo?”. Pues, ¡no!, y esa es mi desgracia. Pero por no tener más que eso, no voy a tirar por la borda lo que tengo. Si hay un eco, es que hay una voz, y alguien que habla. Y a ese alguien que habla es a quien yo amo y reverencio» (J. H. NEWMAN, *Calixta* [Madrid 1998], 266).

La segunda de las cuestiones esenciales referidas a la impronta kerigmática de la catequesis se refiere a la realidad de la piedad popular²³. El *Directorio para la catequesis* es explícito en esta cuestión:

La catequesis apreciará sobre todo la fuerza evangelizadora de las expresiones de la piedad popular, integrándolas y valorándolas en su proceso formativo, y dejándose inspirar por la elocuencia natural de los ritos y signos del pueblo en lo que se refiere a la custodia de la fe y a su transmisión de una generación a otra [...]. Además, la catequesis tratará de devolver ciertas manifestaciones de la piedad popular a sus raíces evangélicas, trinitarias, cristológicas y eclesiales, purificándolas de deformaciones o actitudes erróneas y convirtiéndolas en oportunidades para un nuevo compromiso con la vida cristiana (DC 340).

En una obra recientemente publicada se pregunta el profesor Riccardi: «¿Qué relación hay entre la *pietas* difusa, la atención a la espiritualidad o la apertura a intereses religiosos y la Iglesia, sus representantes, sus instituciones y sus comunidades?»²⁴. Riccardi, desde este planteamiento, invita a repensar estudios que muestran que en Italia unos cinco o seis millones de peregrinos visitan cada año San Giovanni Rotondo, Asís, Padua o Loreto.

La impronta kerigmática de la catequesis es un incentivo que necesariamente habrá de ayudar una sabiduría pastoral consciente, entre otras cosas, de que el verdadero problema no radica tanto en el «buscar a Dios» sino en el encontrarse en unas verdaderas

²³ En esta realidad de la piedad popular es especialmente sugestiva la invitación que hace el papa Francisco a un auténtico crecimiento en lo que él mismo denomina como la mirada del Buen Pastor: «Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Solo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario, aunque no sepan hilvanar las proposiciones del *Credo*, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir la ayuda de María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones solo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rom 5,5)» (FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 125).

²⁴ A. RICCARDI, *La Iglesia arde. Las crisis del cristianismo hoy: entre la agonía y el resurgimiento* (Barcelona 2021), 196.

disposiciones para esa búsqueda pese al, a veces, concomitante desaliento²⁵. Es un hecho difícilmente cuestionable que el conocimiento de la fe y las disposiciones particulares conforman un estrecho vínculo. Así lo expresó en su momento Isaac de Nínive:

Aquel que no ha visto nunca el sol con sus ojos no puede imaginar en su pensamiento la luz, ni representarla de modo alguno en su alma, ni experimentar la belleza de sus rayos por el solo hecho de haber oído hablar de esas cosas...; del mismo modo, aquel que no ha experimentado en su propia alma el gusto de la práctica espiritual, ni ha probado con su manera de comportarse los misterios de esta práctica, para recibir en su pensamiento una imagen que se asemeje a la verdad, tampoco podrá encontrar en su alma una certeza verdadera ni llegar a comprender exactamente estas realidades a partir de la enseñanza de otros hombres o de la investigación de unos escritos²⁶.

2. El segundo dato esencial para la comprensión de la catequesis que propone el *Directorio* es el acento mistagógico²⁷. La llamada es clara en este sentido: «“La necesidad de una renovación mistagógica, que podría tomar formas muy diversas de acuerdo con el discernimiento de cada comunidad educativa” (EG 166)» (DC 64). Esta impronta ayuda a comprender que «el acompañamiento de la persona en proceso de crecimiento y conversión está necesariamente marcado por la gradualidad, ya que el acto de creer implica un descubrimiento progresivo²⁸ del misterio de

²⁵ Cf. H. DE LUBAC, *Por los caminos de Dios* (Madrid 2022), 240.

²⁶ ISAAC DE NÍNIVE, *Primera colección*, 4, en IDEM, *El don de la humildad* (Salamanca 2007), 49.

²⁷ Es clarificador el magisterio del profesor Carvajal Blanco cuando habla de «una verdadera circunmención entre la mistagogía y la iniciación cristiana». En su propuesta es «inconcebible una catequesis de iniciación a la vida cristiana que no sea verdaderamente mistagogía, es decir, donde todas las dimensiones de la vida cristiana no se pongan en referencia al misterio de Cristo que actualizan. Y a la vez, no se puede considerar una mistagogía que introduce en el misterio filial de Jesús, que no se desarrolle sobre los procesos iniciáticos por los que sus discípulos se inician en la fe y participan de la vida de la comunidad cristiana» (J. C. CARVAJAL BLANCO, *ibid.*, 177).

²⁸ En este sentido es oportuno evocar la enseñanza del *Catecismo de la Iglesia católica* sobre el progreso espiritual: «El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama “mística” porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos —“los santos misterios”— y, en él, en el misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta íntima unión con él, aunque las gracias o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos» (CCE 2014).

Dios y una apertura y confianza en él que requieren tiempo para crecer» (DC 179). Un cometido esencial en este orden de las cosas pasará por «purificar la fe de representaciones religiosas parciales, engañosas o erróneas, ayudando a las personas, ante todo, a reconocer sus límites y a decidirse a emprender la búsqueda de una síntesis de fe más auténtica en vista del camino hacia la plenitud de vida a la que el evangelio llama» (DC 261b).

El teólogo Henri de Lubac, ante una crítica que estimaba el «retorno a los Padres» como una especie de renuncia a todas las adquisiciones posteriores de la reflexión cristiana, respondía haciéndose él también unos interrogantes: «¿Habría que considerar que esta, proveedora todavía, en sentido estricto, de “vida espiritual”, ya no proporcionaría ninguna ayuda para una investigación de orden intelectual? ¿Ya no tendría ahora ninguna fecundidad?»²⁹. De una forma clara el *Directorio para la catequesis* podría ser respuesta a estos interrogantes; máxime cuando postula, por ejemplo, que «el camino formativo del cristiano, como atestiguan las *Catequesis mistagógicas* de los Padres de la Iglesia, tuvo siempre un carácter experiencial³⁰, pero sin descuidar la inteligencia de la fe» (DC 97). En este espíritu de los Padres se entiende una de las más fuertes apuestas del *Directorio para la catequesis*:

La tarea de la generación adulta que quiere transmitir la fe es fomentar las experiencias. Solo una catequesis que vaya de la información religiosa al acompañamiento y a la experiencia de Dios podrá ofrecer un sentido. La transmisión de la fe se basa

²⁹ H. DE LUBAC, *ibid.*, 289.

³⁰ El *Catecismo de la Iglesia católica* formula del siguiente modo la importancia de lo experiencial: «La fe y la práctica del evangelio procuran a cada uno una experiencia de la vida “en Cristo” que ilumina y da capacidad para estimar las realidades divinas y humanas según el Espíritu de Dios (cf. 1 Cor 2,10-15)» (CCE 2038). Y también este otro pasaje arroja luz al respecto: «La gracia, siendo de orden sobrenatural, escapa a nuestra experiencia y solo puede ser conocida por la fe. Por tanto, no podemos fundarnos en nuestros sentimientos o nuestras obras para deducir de ellos que estamos justificados y salvados (cf. Concilio de Trento: DS 1533-1534). Sin embargo, según las palabras del Señor: “Por sus frutos los conoceréis” (Mt 7,20), la consideración de los beneficios de Dios en nuestra vida y en la vida de los santos nos ofrece una garantía de que la gracia está actuando en nosotros y nos incita a una fe cada vez mayor y a una actitud de pobreza llena de confianza» (CCE 2005).

en experiencias auténticas, que no deben confundirse con los experimentos: la experiencia transforma y proporciona claves interpretativas de la vida, mientras que el experimento únicamente se reproduce de forma idéntica. La catequesis está llamada a encontrar maneras apropiadas de tratar las grandes cuestiones sobre el sentido de la vida, la corporeidad, la afectividad, la identidad de género, la justicia y la paz, que se interpretan de manera diferente en la era digital (DC 371).

Aquí adquiere todo su sentido la realidad de la experiencia humana tal y como es afrontada por el *Directorio para la catequesis* como elemento clave en la metodología de la catequesis (cf. DC 197-200); cuestión esta que se afrontará poco más adelante.

En definitiva, el acento mistagógico en el acompañamiento de aquellos que retoman el camino de fe es fuente de inspiración para redescubrir que el conocimiento de Dios es esencialmente un «conocimiento vital» y no solo conceptual en el que es determinante la calidad y el nivel de la opción hecha³¹. En definitiva: «Es necesario ofrecer una catequesis que sostenga la adhesión vital a la persona de Cristo, la capacidad de discernimiento evangélico en situaciones complejas, la voluntad de diálogo con todos y una rectitud moral que evite la disociación entre fe y vida, entre pertenencia eclesial y compromiso en el mundo» (DC 391).

El *Directorio para la catequesis* propone una serie de «perspectivas nuevas» fruto del discernimiento que, presentes de forma transversal en todo el planteamiento del *Directorio*, también habrán de estar presentes de modo transversal en todo planteamiento y comprensión en torno a la reiniciación. De entre ellas cabría destacar: «la plena confianza en el Espíritu Santo»; «el papel de la comunidad cristiana como el lugar natural de generación y maduración de la vida cristiana»; «el proceso de evangelización y, en él, la catequesis, es sobre todo una acción espiritual»; «el papel de los bautizados como sujetos activos»; y «la

³¹ Cf. J. MARITAIN, *Razón y razones. Ensayos diversos* (Buenos Aires 1951), 121.

superación de toda contraposición entre contenido y método» (DC 4). La luz que ofrecen estas perspectivas transversales habrá de propiciar las siguientes consideraciones:

1. «El verdadero protagonista de toda auténtica catequesis es el Espíritu Santo que, a través de la profunda unión que el catequista mantiene con Jesucristo, hace eficaces los esfuerzos humanos en la actividad catequística» (DC 112). Desde este principio fundante se entenderá el acompañamiento propio de aquellos que retoman el camino de la fe desde la gradualidad, el descubrimiento progresivo del misterio de Dios y el tiempo requerido para el crecimiento en la apertura (cf. DC 179). De igual modo, «la plena confianza en el Espíritu Santo» (DC 4) da agudeza en la percepción del signo de los tiempos que en sí mismo pasa por la capacidad para redescubrir «lo que es bello y eleva el alma» (DC 5), así como la especificidad que habrá de brillar en la catequesis por la que esta está al servicio de la manifestación concreta de «la infinita belleza de Dios revelando el primado de la gracia». Aquí radica el antídoto frente a la recurrente tentación del neopelagianismo tantas veces denunciada por el papa Francisco:

Todavía hay cristianos que se empeñan en seguir otro camino: el de la justificación por las propias fuerzas, el de la adoración de la voluntad humana y de la propia capacidad, que se traduce en una autocomplacencia egocéntrica y elitista privada de verdadero amor. Se manifiesta en muchas actitudes aparentemente distintas: la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial³².

2. «El papel de la comunidad cristiana como el lugar natural de generación y maduración de la vida cristiana» (DC 4; cf. «Introducir en la vida comunitaria», DC 88-89). En este sentido, El *Directorio para la catequesis* invita a considerar la realidad de una

³² FRANCISCO, exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (19 de marzo de 2018), 57.

catequesis de adultos «significativa y capaz de lograr sus objetivos» si, «inspirada en la experiencia misionera del catecumendo», es «expresión de la comunidad eclesial en su totalidad, como la matriz que genera la fe» (DC 262 a). Para el *Directorio*, la comunidad, elemento estructural y no mero contexto, ha de ser «capaz de renovarse, dejándose alcanzar y provocar por las sensibilidades de los adultos de nuestro tiempo, así como tener la capacidad de acoger, estar presente y apoyarse» (DC 262 a). De ahí que una de sus tareas esenciales sea «ayudar a compartir y testimoniar la fe, disponiendo espacios comunitarios y de servicio como expresión de manifestar el reino de Dios en la Iglesia y el mundo» (DC 261).

El peso específico de la realidad de la comunidad cristiana para la catequesis de aquellos que retoman el camino de la fe adquiere todo su importancia cuando es contemplado a la luz del signo de los tiempos³³ señalado por el *Directorio para la catequesis* cuando indica «la importancia de las relaciones y los afectos» (cf. DC 5). Es un hecho palpable que el hombre de hoy se muestra frágil particularmente con respecto a la dimensión afectiva. En «un mundo sin vínculos», en la «sociedad líquida», el tema del sentido de

³³ En el *Directorio para la catequesis* es esencial esta tarea del reconocimiento de los signos de los tiempos: «Para servir la revelación, la Iglesia está llamada a mirar la historia con los propios ojos de Dios y reconocer la acción del Espíritu Santo que [...] “suscita en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones, signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores” (NMI 56). Esto permite a la Iglesia reconocer los signos de los tiempos (cf. GS 4) en el corazón y vida de las personas y de cada cultura, en todo lo que es auténticamente humano y lo promueve» (DC 42). Esta tarea «es siempre actual, sobre todo en este momento, concebido como un cambio de época y marcado por las contradicciones y por los anhelos de paz y justicia, de encuentro y de solidaridad» (DC 319). Ni que decir tiene que su fuente se encuentra en la enseñanza de la constitución pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II: «Para cumplir esta tarea, corresponde a la Iglesia el deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del evangelio, de forma que, de manera acomodada a cada generación, pueda responder a los perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas. Es necesario, por tanto, conocer y comprender el mundo en el que vivimos, sus expectativas, sus aspiraciones y su índole muchas veces dramática» (4); «El pueblo de Dios, movido por la fe, por la cual cree que es guiado por el Espíritu del Señor, que llena el orbe de la tierra, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos que comparte con sus contemporáneos, cuáles son los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios» (11).

la vida no representa la conclusión de un razonamiento lógico, sino el resultado del descubrimiento de sentirnos amados, queridos³⁴. Además, es importante también notar, en esta perspectiva, el estrecho vínculo entre bautismo y la incorporación a la Iglesia subrayado por el Concilio Vaticano II (cf. LG 11, 14, 31; UR 22)³⁵.

Con el más verdadero realismo, al repensar lo esencial de la catequesis con jóvenes, el *Directorio para la catequesis* hace una invitación al ejercicio de la autocrítica:

Con respecto a la experiencia eclesial, en esta fase de la vida, muchos se alejan de la Iglesia o muestran su indiferencia o desconfianza frente a ella. Entre las causas que provocan esta situación hay que considerar la falta de testimonio, de credibilidad, y de apoyo espiritual y moral por parte de las familias, catequesis deficiente y una comunidad cristiana poco significativa (DC 251).

Reflexionar sobre la realidad de la comunidad cristiana conduce también a la reflexión en torno a la realidad del grupo para aquellos que han sido la llamada a reemprender el camino de la fe. El grupo es constituido por «la interacción constructiva entre personas diferentes [...] donde florecen el intercambio y la comunicación profunda». Además, «como realidad eclesial, el grupo está animado por el Espíritu Santo, el verdadero autor de todo progreso de la fe» (DC 220).

3. «El proceso de evangelización y, en él, la catequesis, es sobre todo una acción espiritual» (DC 4). Desde este principio se en-

³⁴ Cf. M. BORGHESI, *El desafío Francisco. Del neoconservadurismo al 'hospital de campaña'* (Madrid 2022), 284.

³⁵ Esto explica también la importancia del bautismo en la búsqueda de la unidad de la Iglesia. Como subrayó el decreto sobre el ecumenismo del Vaticano II, *Unitatis redintegratio*, el bautismo está en el primer puesto en la búsqueda de la unidad. Admitir un bautismo fuera del espacio ocupado por la propia Iglesia es admitir que la Iglesia existe fuera de nuestra Iglesia. Es la teología de LG 8, comentada por UR 3-4 y LG 14-15. Existe un solo bautismo, gracias al cual estamos incorporados al misterio profundo e invisible del cuerpo de Cristo, a la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Pero como esta Iglesia en la historia en un estado de división, con el bautismo introduce en una Iglesia concreta. El bautismo es entonces el inicio de una incorporación a la Iglesia que la eucaristía consuma y que se convierte también en la meta de la unidad visible. Todo el camino ecuménico tiende a esto. Cf. Y. CONGAR, «Uniti nel battesimo, disuniti nell'Eucaristia?», en IDEM, *Saggi ecumenici* (Roma 1986), 216-226.

tiende la insistencia del *Directorio para la catequesis* al afirmar: «Evangelizar significa no solo habitar en un territorio, sino suscitar procesos espirituales en la vida de las personas para que la fe eche raíces y sea significativa» (DC 43).

Así, si la catequesis de aquellos que han sido llamados a retomar el camino de la fe es una modalidad de la catequesis de adultos, es conveniente evocar con el *Directorio para la catequesis* que esta catequesis es configurada ante todo «como un proceso de aprendizaje personal y comunitario, orientado hacia la adquisición de una mentalidad de fe “hasta que lleguemos a la medida de Cristo en su plenitud” (Ef 4,13) 2» (DC 260). Su objetivo principal no puede ser otro que «la formación y la maduración de la vida en el Espíritu, según los principios de la gradualidad y progresividad, para que el mensaje evangélico sea acogido en su dinámica transformadora» (DC 260).

En este orden de las cosas es oportuno recordar un curioso fenómeno: en muchos de los países de la Europa cristiana ya no se da el rechazo abierto a la religiosidad y a lo espiritual que pudiéramos haber encontrado, por ejemplo, en mayo de 1968. Son muchos los que comparten la idea de que la religiosidad y la espiritualidad forman parte integrante del equilibrio personal. De hecho hay quien llega a afirmar con respecto a este fenómeno que se aprecia «la necesidad de una fe más sensible y visible, más concreta y misteriosa al mismo tiempo, que contrasta con un catolicismo desnudo»³⁶. El *Directorio para la catequesis* se hace eco de esta intuición cuando hace una valoración de los nuevos movimientos religiosos. De entre ellos:

algunos hacen referencia al cristianismo de distintas formas, aunque se apartan de él debido a considerables diferencias doctrinales; otros proceden de religiones orientales o de cultos tradicionales; otros muestran elementos de magia, superstición, neopaganismo, espiritualismo e incluso satanismo; por último, hay otros llamados movimientos del potencial humano que se presentan con un rostro humanista y terapéutico (DC 352).

³⁶ F. GARELLI, *Gente di poca fede. Il sentimento religioso nell'Italia incerta di Dio* (2020), 88-89.

«Aunque esos movimientos son, por un lado, “una reacción humana frente a la sociedad materialista, consumista e individualista” (EG 63); por otro lado, parecen aprovechar las necesidades de las personas afectadas por tantas formas de pobreza o por los fracasos de la vida» (DC 352). Desde estos datos el *Directorio para la catequesis* invita a repensar: «Es necesario reconocer que la comunidad cristiana no siempre es capaz de ser significativa para aquellos cristianos que, teniendo poca fe, necesitan más cuidados y acompañamiento y acaban encontrando la satisfacción de sus necesidades en los nuevos movimientos» (DC 352).

Un ejemplo concreto de esta intuición es el que propone el *Directorio para la catequesis* en sus indicaciones pastorales con respecto a la catequesis en grupos de matrimonios y en grupos de familias:

Estos itinerarios de catequesis pretenden desarrollar una espiritualidad conyugal y familiar, capaz de devolver el vigor y el impulso a la vida matrimonial, redescubriendo la dimensión sponsal de la alianza entre Dios y los hombres y el papel de la familia en la construcción del reino de Dios (DC 232 f).

4. El papel de los bautizados como «sujetos activos» (DC 4) es otro de los ejes transversales que conviene tener muy en cuenta a la hora de iluminar la catequesis de aquellos que retoman el camino de la fe. El *Directorio* es explícito en este sentido al señalar los criterios para una catequesis de adultos: «Los adultos no deben ser considerados como destinatarios de la catequesis, sino como protagonistas junto con los propios catequistas» (DC 262c). Es más, «la catequesis con adultos alcanzará su objetivo cuando consiga que ellos mismos sean capaces de tomar en sus manos la propia experiencia de fe, y estén deseosos de seguir caminando y creciendo» (DC 260). Desde esta certeza se entiende la preocupación del *Directorio para la catequesis* por una catequesis de la vida cristiana en su totalidad en la que se «propongan experiencias concretas y significativas de la vida de fe (DC 262b) y por una atención especial para *reconocer* la realidad de hombre y de mujer, teniendo en cuenta la peculiaridad con la que cada uno

vive la experiencia de fe»; «además —sigue añadiendo el *Directorio*—, es importante prestar atención a la condición laical de los adultos, llamados por el bautismo a “tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios” (LG 31)» (DC 262d).

Desde esta perspectiva es vital para la catequesis de aquellos que son invitados a retomar el camino de la fe prestar un especial cuidado, entre otras, a la realidad del matrimonio. No en vano, «el mayor desafío [...] es que las parejas, madres y padres, sujetos activos de la catequesis, superen la mentalidad común de delegación, según la cual la educación en la fe está reservada a los especialistas» (DC 124). En este mismo sentido el *Directorio para la catequesis* se hace eco de una dificultad claramente palpable: «[...] la misma comunidad [...] no logra organizar la catequesis con un estilo familiar y a partir de las mismas familias» (DC 124).

También esta catequesis es «lugar» en el que la misma comunidad con respecto a las familias «crea caminos de fe que las ayuden a tener una clara conciencia de su identidad y misión» (DC 230). Así, las indicaciones pastorales del *Directorio para la catequesis*, explicitando la realidad de los ámbitos de la catequesis familiar, pueden ser un índice claro del objeto que se pretende desarrollar en el presente artículo:

«La catequesis de los jóvenes y adultos que se preparan para el matrimonio» (AL 205-216) está llamada a desarrollar «itinerarios de fe, graduales y continuos, siguiendo la inspiración catecumenal» en los que se dará prioridad —junto con un renovado anuncio del kerigma— «a aquellos contenidos que, comunicados de manera atractiva y cordial, los ayuden [a los novios] a comprometerse en un camino de toda la vida [...]». Como sigue afirmando el *Directorio*, retomando la enseñanza de *Amoris laetitia*, «se trata de una suerte de “iniciación” al sacramento del matrimonio que les aporte los elementos necesarios para poder recibirlo con las mejores disposiciones y comenzar con cierta solidez la vida familiar’ (AL 207)» (DC 232 a). En esta perspectiva se entiende la

específica indicación que hace el *Directorio*: «Es bueno que, allí donde se use, se abandone la denominación de cursos de preparación al matrimonio para devolver a este itinerario su auténtico significado formativo y catequístico» (DC 232a).

La catequesis de los padres cuyos hijos recorren el camino de la iniciación cristiana: la comunidad favorece la implicación de los padres en el camino de la iniciación de sus hijos, que para algunos es un momento de profundización en la fe y, para otros, un verdadero espacio de primer anuncio (DC 232d).

También ha de tenerse especialmente presente la figura del padrino. «En el proceso de la iniciación a la vida cristiana, la Iglesia nos invita a repensar la identidad y la misión del padrino y de la madrina como apoyo al compromiso educativo de los padres» (DC 125). De ahí que se entienda la tarea de la comunidad cristiana como la propuesta «con discernimiento y espíritu creativo» de «itinerarios de catequesis a los padrinos, que los ayuden a redescubrir el don de la fe y la pertenencia eclesial». Así, «los que son designados para esta misión a menudo se sienten impulsados a reavivar su fe bautismal y a comenzar un camino renovado de compromiso y testimonio» (DC 125).

Finalmente, es importante también retomar la enseñanza del *Directorio para la catequesis* en lo que respecta a la catequesis con emigrantes: «La oferta de itinerarios catequéticos de iniciación y formación permanente del cristiano, realizados en la lengua y según las tradiciones de las Iglesias de origen» (DC 277) o la catequesis en la cárcel (cf. DC 282).

5. «Vivir el misterio de la fe en términos de relación con el Señor tiene implicaciones para el anuncio del evangelio» (DC 4). Desde esta premisa invita el *Directorio para la catequesis* a superar toda contraposición entre contenido y método, entre fe y vida (cf. DC 4). En esta senda, la catequesis de aquellos que son llamados a reemprender el camino de la vida cristiana no olvidará en ningún momento que «aunque pase por mediaciones humanas, sigue siendo un acontecimiento de gracia, realizado por el encuentro de la Pa-

labra de Dios con la experiencia de la persona» (DC 195). La realidad de un sujeto que «vive situaciones fragmentarias de las que él mismo se esfuerza por captar el sentido unitario» debe llevar a la catequesis a percibir el modo en que ella haciendo posible una «relectura de las existencias con los ojos de la fe» fomentará «una visión sapiencial e integral de esta» (DC 199).

6. Esencial y urgente también para la catequesis de aquellos que retoman el camino de la fe es mostrar «la capacidad unificadora de la cultura cristiana» (DC 103). Tal y como propone el *Directorio*, «la evangelización de la cultura exige llegar al corazón de la cultura misma, donde se generan nuevas ideas y paradigmas, llegando a las concepciones más profundas de los individuos y de las sociedades, para iluminarlos desde dentro con la luz del evangelio» (DC 43). En los países de tradición católica «“se tratará de acompañar, cuidar y fortalecer la riqueza que ya existe” (EG 69)» (43). Trazar un elenco completo de los elementos de nuestra cultura que se deberían tener presentes sería una tarea ímproba pero aun así, desde los planteamientos del *Directorio para la catequesis* —especialmente en su décimo capítulo mas no solo—, se pueden diagnosticar algunos elementos clave para la catequesis de aquellos que retoman el camino de la fe en un ámbito como el propio de las diócesis de la Iglesia que peregrina en España: la influencia de lo «virtual» —especialmente en los jóvenes— en la gestión de las emociones y la construcción de la propia identidad (cf. DC 216); la realidad de los nuevos escenarios familiares (cf. DC 233-235); el contexto ecuménico y de pluralismo religioso —especialmente en lo que atañe a los nuevos movimientos religiosos— (cf. DC 343-353); la influencia de la tecnología en la visión misma del ser humano (cf. DC 356); la esencialidad de un comprensión integral de la ecología (cf. DC 383). En definitiva, solo si en este reto de la inculturación la catequesis logra «decodificar las instancias antropológicas que están en la raíz de estos fenómenos y perfeccionar nuevas formas de evangelización» (DC 367), solo así hará posible procesos de crecimiento y de maduración en la fe.

5. La parroquia y aquellos que retoman el camino de la fe

El punto de partida es claro y parangonable con lo más genuino del profetismo: «La necesidad de un renovado impulso evangelizador insta a replantear en clave misionera todas las acciones pastorales de la comunidad cristiana» (DC 303). En este sentido, el diagnóstico en *Evangelii gaudium* con respecto a las parroquias y comunidades cristianas es particularmente incisivo:

Es necesario que reconozcamos que, si parte de nuestro pueblo bautizado no experimenta su pertenencia a la Iglesia, se debe también a la existencia de unas estructuras y a un clima poco acogedores en algunas de nuestras parroquias y comunidades, o a una actitud burocrática para dar respuesta a los problemas, simples o complejos, de la vida de nuestros pueblos. En muchas partes hay un predominio de lo administrativo sobre lo pastoral, así como una sacramentalización sin otras formas de evangelización³⁷.

Llevemos, por tanto, esta llamada al ámbito de la parroquia³⁸ y a su capacidad de acompañar en su respuesta a aquellos que han reiniciado el camino de la fe.

Con respecto a la parroquia es bastante clara la llamada que hace el *Directorio para la catequesis* al invitar a propuestas formativas de inspiración catecumenal: «La comunidad parroquial debe ser capaz de ofrecer, sobre todo a los jóvenes y a los adultos, caminos formativos integrales

³⁷ FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 63.

³⁸ No es más que una mera ilustración literaria, pero se adquiere luz al poder evocar el desgarrador testimonio del protagonista de *Diario de un cura rural* de G. Bernanos: «¡Tres meses ya! Esta mañana he rogado por mi parroquia, mi pobre parroquia, mi primera y última parroquia, pues a veces me acometen deseos de morir. ¡Mi parroquia! Una palabra que no puede pronunciarse sin emoción —¿qué estoy diciendo?—, sin un impulso de amor. Y, sin embargo, no despierta en mí más que una idea confusa. Sé que existe realmente, que somos uno de otro para toda la eternidad, pues ella es una célula viva de la Iglesia imperecedera y no una ficción administrativa. Pero quisiera que Dios me abriera los ojos y oídos, me permitiera ver su rostro y escuchar mi voz. ¿Es acaso pedir mucho? ¡El rostro de mi parroquia! ¡Su mirada! Debe ser una mirada dulce, triste, paciente, que imagino debe de parecerse un poco a la mía cuando dejo de debatirme, cuando me dejo arrastrar por esa gran corriente invisible que nos arrastra a todos, en confusión, hacia la profunda eternidad» (G. BERNANOS, *ibid.*, 34).

en los que sea posible acoger y profundizar existencialmente el kerigma, saboreando su belleza» (DC 303c). En este sentido, es muy oportuno tener presente en todo momento la búsqueda de la «armonía». En primer lugar, de la armonía con las demás acciones de la pastoral, puesto que si no es así se corre el riesgo de reducir la propuesta catequética a la presentación de una «teoría correcta, pero poco significativa para la vida, con lo que se dificulta así el manifestar la bondad del evangelio a los hombres de nuestro tiempo» (DC 303 c). Ejemplo concreto en esta dimensión sería la catequesis con la familia (cf. DC 229-230). En segundo lugar, es esencial subrayar la necesidad de armonizar el quehacer de la parroquia con las asociaciones, movimientos y grupos de fieles (cf. DC 304-308): «Los itinerarios formativos, que profundizan en el carisma específico de cada una de estas realidades, no pueden ser una alternativa a la catequesis, que sigue siendo esencial en la formación cristiana. Es decisivo, por tanto, que las asociaciones, movimientos o grupos reserven normalmente un tiempo para dedicarlo a la catequesis» (DC 307). En el número siguiente es aún más explícito el *Directorio*: «Es necesario respetar la naturaleza propia de la catequesis, desplegando toda su riqueza y configurando todas las dimensiones de la vida cristiana, según la sensibilidad y el estilo del apostolado propios de cada carisma» (DC 308 b).

Aunque, obviamente, la realidad de la parroquia no está solo circunscrita a un contexto urbano, es muy oportuno recoger la enseñanza del *Directorio para la catequesis* a la hora de constatar las implicaciones del contexto urbano en el que en muchas ocasiones ha de desarrollarse la catequesis:

Proponer creativamente una catequesis inspirada en el catecumenado, capaz de ofrecer contextos comunitarios de fe en los que, superado el anonimato, se reconozca el valor de cada persona y se ofrezca a todos el bálsamo de la fe pascual para aliviar sus heridas. En el contexto del proceso de catequesis, se pueden «imaginar espacios de oración y de comunión con características novedosas, más atractivas y significativas para los habitantes urbanos» (EG 73), con la creación, por ejemplo, de signos e historias que reconstruyan ese sentido de pertenencia a la comunidad que fácilmente puede faltar en la ciudad. Una catequesis

urbana de inspiración catecumenal puede transformar la parroquia en una comunidad de comunidades que, al hacer experimentar una verdadera cercanía fraterna, revela la maternidad de la Iglesia y ofrece un testimonio concreto de misericordia y ternura, que genera orientación y significado para la vida misma de la ciudad (DC 328).

Cuestión esencial en esta reflexión sería el delinear desde la enseñanza del *Directorio para la catequesis* la identidad y misión de aquellos que han de hacer suyas las palabras de san Anselmo de Canterbury: «No soy yo el que te llevo, sino aquel de quien hablamos, sin el cual nada podemos, él es quien nos lleva por doquiera en el camino de la verdad»³⁹. Por tanto, en lo que atañe a los catequistas, es esencial tener claro en todo momento la importancia de que «los catequistas adultos sean elegidos con cuidado y estén cualificados para ejercer este delicado ministerio por medio de una formación específica» (DC 263). La figura del catequista, acompañante y educador, es decisiva en la catequesis de adultos (cf. DC 263) para facilitar «una relación adulta con el Señor, unas relaciones eclesiales significativas y unas opciones de testimonio cristiano en el mundo» (DC 263) fomentando en todo momento la asunción de la responsabilidad en el propio camino de la fe (Cf. DC 263).

Hay dos principios especialmente determinantes en la delineación de la formación del catequista por parte del *Directorio para la catequesis*. En primer lugar, es bueno no perder nunca de vista que «la formación de los catequistas requiere una atención especial porque la calidad de las propuestas pastorales está estrechamente ligada a las personas que las ponen en práctica» (DC 130). En segundo lugar, es también muy oportuno considerar en todo momento que la formación del catequista tiene como «finalidad hacer que los catequistas tomen conciencia, como bautizados, para ser verdaderos discípulos misioneros» (DC 132).

Esencialmente esta formación se entiende como «un proceso permanente que, bajo la guía del Espíritu y en el seno vivo de la comunidad cristiana, ayuda al bautizado a tomar forma, es decir a desvelar

³⁹ SAN ANSELMO DE CANTERBURY, *Por qué Dios se hizo hombre*, en *Obras completas de san Anselmo* I 843 (II, 9).

su identidad más profunda que es la de ser hijo de Dios en íntima comunión con los demás hermanos» (DC 131); «una sabia tarea de apertura al Espíritu de Dios» (DC 131). Es por tanto «un proceso que, al tener lugar en lo más íntimo del catequista, incide profundamente en su libertad y no puede reducirse únicamente a la instrucción, a la exhortación moral o a la actualización de técnicas pastorales» (DC 131); «actúa a modo de transformación de la persona, que interioriza existencialmente el mensaje evangélico, para que este se convierta en luz y en orientación de su vida y de misión eclesial» (DC 131).

De forma más concreta el *Directorio* invita a percibir el modo en el que «la escucha de las necesidades de las personas, el discernimiento pastoral, la preparación concreta, la realización y la evaluación de los itinerarios de fe constituyen los momentos de un laboratorio formativo permanente para cada uno» (DC 134). Resuena aquí la hondura de la enseñanza de Orígenes: «Toda tierra contiene aguas, pero el que es filisteo no aprecia más que las cosas terrenas: no sabe encontrar agua en todas las tierras, no sabe encontrar el sentido espiritual y la imagen de Dios en todas las almas»⁴⁰.

6. Conclusión

La reflexión pretendida no ha tenido otra inspiración que la que viene dada por el acento kerigmático y «una pedagogía de iniciación inspirada en el itinerario catecumenal» y no ha tenido otro propósito que la búsqueda de la «sabiduría pastoral» (DC 65), a la que nos llama el *Directorio para la catequesis*, aplicada al ámbito de aquellos que han recibido la gracia de retomar el camino de la fe. Cuatro convicciones, finalizado el recorrido, afloran con fuerza. Una se muestra como un reto aunque podría pasar por una queja: «La comunidad cristiana no siempre es capaz de ser significativa para aquellos cristianos que, teniendo poca fe, necesitan más cuidados y acompañamiento y acaban encontrando la satisfacción de sus necesidades en los nuevos movimientos»

⁴⁰ ORÍGENES, *Homilías sobre el Génesis* (Madrid 1999), 270 (XIII, 3).

(DC 352)⁴¹. La segunda convicción especifica a la primera: «La dinámica de la conversión misionera implica que la parroquia se cuestione el tipo de catequesis que propone» (DC 302). La tercera indica la idoneidad y trascendencia de un quehacer para esta catequesis: «Los itinerarios de catequesis y los propios catecismos locales son un signo de ese fructuoso proceso de inculturación» (DC 394). Y, finalmente, la cuarta establece una clara referencialidad:

La catequesis de adultos, al ir dirigida a personas capaces de una adhesión plenamente responsable, debe ser considerada como la forma principal de catequesis, a la que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan. Esto implica que la catequesis de las otras edades debe tenerla como punto de referencia (DGC 59) (DC 77).

Retomando la enseñanza siempre permanente de la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*⁴² propone el *Directorio para la catequesis*:

«Las Iglesias particulares profundamente amalgamadas, no solo con las personas, sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje, al lenguaje que esos hombres comprenden, y, después anunciarlo en ese mismo lenguaje» (EN 63) (DC 394).

Esta noble tarea no crecerá en una realización verdadera si no se tiene presente lo esencial que para toda Iglesia diocesana es una pastoral orgánica y coordinada por la que exista una genuina orientación de la iniciación a la vida cristiana, «tanto en la forma de catecumenado para los no bautizados como de inspiración catecumenal de la catequesis para los bautizados» (DC 421). No sería en ningún caso un asunto menor el que las diferentes propuestas pastorales en una diócesis tuviesen

⁴¹ Recientemente se preguntaba Andrea Riccardi: «La pregunta es ¿cómo la parroquia, comunidad de generalizada presencia de la Iglesia en el territorio, puede superarse a sí misma en un impulso misionero?» (A. RICCARDI, *ibid.*, 96).

⁴² «En una peregrinación desde Brescia en el 50.º aniversario de la elección de Montini, Francisco afirmó el 22 de junio de 2013 que la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975) «es el mayor documento pastoral que se ha escrito hasta la fecha», y señala la invitación a «anunciar el evangelio al hombre de hoy, con misericordia, con paciencia, con valentía, con alegría» (L. ACCATTOLI, «Che prende Bergoglio da Montini?», en *Il Regno*, 20 [2014]).

la misma inspiración de fondo (cf. DC 421): «La acción evangelizadora debe estar bien coordinada porque toda ella apunta a la unidad de la fe que sostiene todas las acciones de la Iglesia» (DGC 72). De ahí la importancia del cuidado de «la coordinación de la catequesis con los adultos, especialmente con la pastoral familiar y juvenil, y con las demás dimensiones de la vida de fe» (DC 262e).

De igual modo, un aspecto importante que se debe tener en cuenta es el de la formación catequética de los candidatos a los órdenes sagrados⁴³. El *Directorio para la catequesis* indica, entre otras, una condición propia clave: «Se cree conciencia de espíritu misionero en los candidatos, a través de la formación espiritual, que les impulse a anunciar explícitamente el evangelio a los que no lo conocen y a no descuidar la educación en la fe de cada bautizado» (DC 152a).

Hay una expresión que se puede leer en Orígenes y san Agustín⁴⁴ —«Hay muchos fuera que parecen estar dentro, y muchos dentro que

⁴³ Una atinada y vigente descripción de Mons. Estepa Llaurens, allá por el año 1991, ofrece un sugestivo comentario a la cuestión de la formación catequética de sacerdotes y candidatos al sacerdocio: «La acción catequética todavía es considerada por muchos cristianos como algo propio de la infancia, o como un requisito que hay que cumplir para recibir los sacramentos. Por otra parte, para algunos sacerdotes la acción catequética parece algo que pertenece al mundo de lo “ya sabido” y “rutinario”, sin capacidad de estimular ningún impulso renovador. Por todo esto, es necesario prestigiar esta acción tan fundamental en la vida y misión del sacerdote, pues a través de la educación de la fe, y de forma particular de la catequesis sistemática, se construye la personalidad de los bautizados y la vida misma de la Iglesia. En esta línea, urge promover una corriente de opinión que ponga de manifiesto el valor fundamental de la catequesis en la comunidad cristiana. Para esto el sacerdote deberá procurar informar a toda la comunidad sobre el significado de la catequesis en las diferentes etapas de la vida, a fin de ayudar a superar la visión tan pobre que circula entre muchos cristianos. Sin embargo, será el modo como el sacerdote desarrolle su responsabilidad catequética, su propia dedicación personal, la mejor forma de prestigiar esta tarea fundamental. A su vez esto depende, en gran medida, de la visión que se tenga de la catequesis en el conjunto de la acción pastoral. A veces una visión pobre de la catequesis lleva al sacerdote a concebir su tarea catequética como algo meramente organizativo, o como una cosa más de las muchas que hay que hacer» (J. M. ESTEPA LLAURENS, *et al.*, «La responsabilidad y tareas del sacerdote en la acción catequética», en: SECRETARIADO NACIONAL DE CATEQUESIS, *El sacerdote y la catequesis. XXV Jornadas nacionales de delegados de catequesis* [Edice, Madrid 1992], 150-151).

⁴⁴ Cf. H. DE LUBAC, *Oeuvres complètes XVI. Histoire et Esprit. L'intelligence de l'Écriture d'après Origène* (Paris 2002) 158-159; SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Tratado sobre el bautismo, en Obras de san Agustín XXXII. Escritos antidonatistas (1.º)* (Madrid 1988), 614: «Muchos que parecen estar fuera, están en realidad dentro, y otros muchos, que parecen estar dentro, se encuentran fuera». Con un lenguaje más directo y actual podría recogerse aquí la provocación de un pensador como Fabrice Hadjadj: «Hay alguien aún más sordo que el

parecen estar fuera»— que no ha perdido su actualidad. La urgencia del acompañamiento con respecto a aquellos que han recibido la llamada a retomar el camino del seguimiento de Cristo necesariamente habrá de ser un estímulo acerca de la calidad de vida cristiana de nuestras comunidades para que la expresión citada no sea un permanente motivo de sonrojo. La amenaza del «gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad»⁴⁵ está ahí. La experiencia de aquellos que han redescubierto la fe y la experiencia de una Iglesia gozosa en su acompañamiento harán posible el cambio de la tonalidad.

descristianizado. Es el mismo cristiano. Quiero decir, el que se adorna con ese nombre, el que cree en sí mismo por creer en Dios y ser suficientemente humilde. Ese cristiano, de nombre, pero no de alma, es el que seguramente se imaginará que hubo un tiempo en que era más fácil hablar de Dios» (F. HADJADJ, *¿Cómo hablar de Dios hoy? Antimanual de evangelización* [Granada 2013], 30).

⁴⁵ J. RATZINGER, *Situación actual de la fe y la teología*. *Ibidem*. Cf. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *ibid.*, 12.